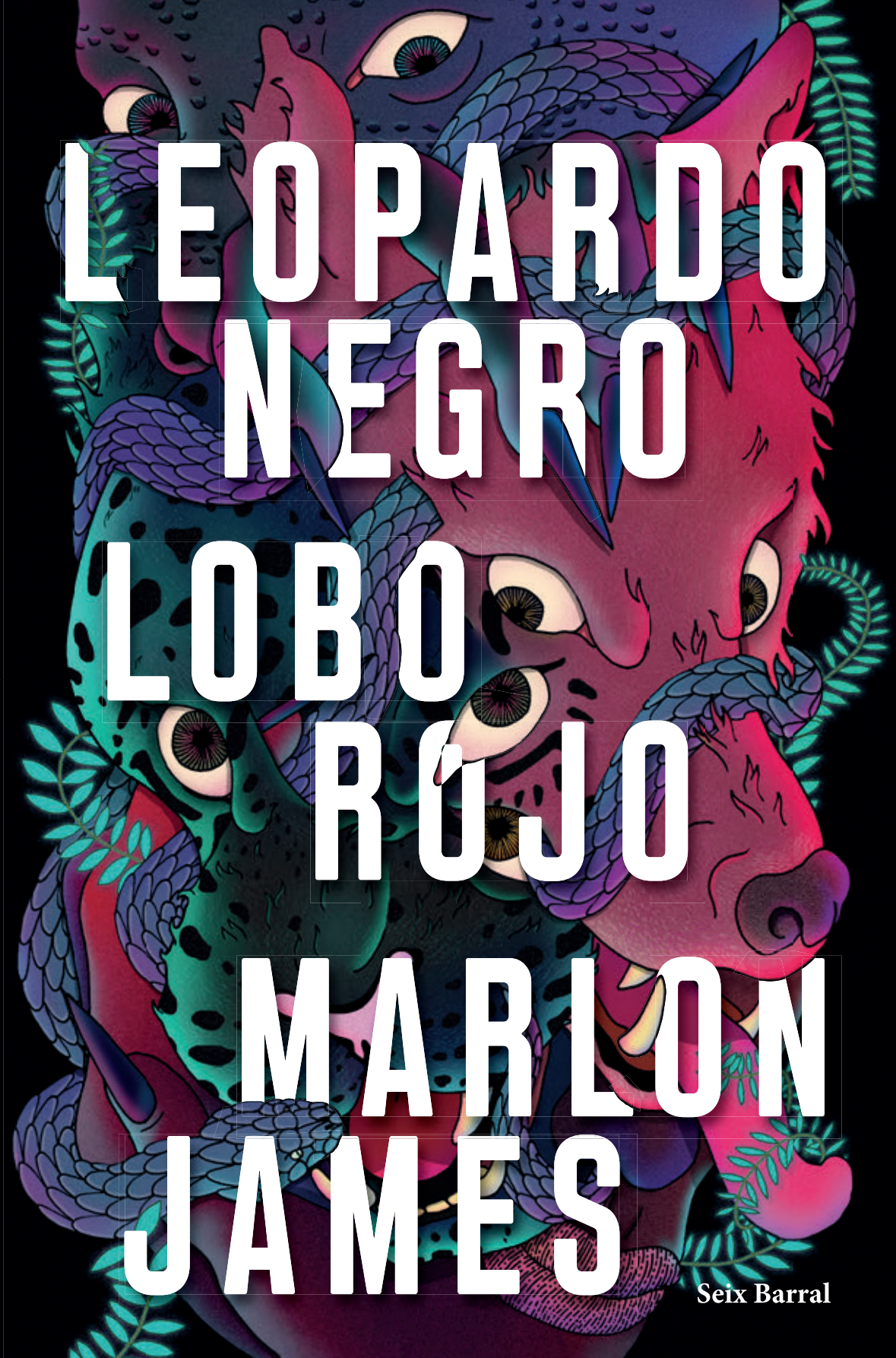




LEOPARDO NEGRO LOBO ROJO MARLON JAMES

Seix Barral

MARLON JAMES

LEOPARDO
NEGRO,
LOBO
ROJO

Traducción del inglés por Javier Calvo

SEIX BARRAL BIBLIOTECA FORMENTOR

Título original: *Black Leopard, Red Wolf*

© Marlon James, 2019

© por la traducción, Javier Calvo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Mapas de Marlon James

Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-322-3542-9

Depósito legal: B. 16.586-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE



- 13** *Los personajes que aparecen en esta historia*
- 17** Un perro, un gato, un lobo y un zorro
- 135** Malakin
- 327** Seis hijos y uno más
- 515** Ciencia blanca y matemáticas negras
- 679** He aquí un oriki
- 693** El lobo de la muerte

1

UN PERRO, UN GATO, UN LOBO Y UN ZORRO

Bi oju ri enu a pamo.

UNO

El niño ha muerto. Y no hay más que contar.

He oído que en el Sur hay una reina que mata a quien le trae malas noticias. Así pues, si anuncio la muerte del niño, ¿estaré escribiendo también mi propia sentencia de muerte? La verdad se come las mentiras igual que el cocodrilo se come la luna, y sin embargo mi testimonio es el mismo hoy que mañana. No, no lo maté yo. Aunque es posible que quisiera verlo muerto. Que anhelara su muerte igual que un glotón ansía la carne de cabra. Oh, tensar el arco y disparar a su negro corazón y verlo reventar en un estallido de sangre negra, y quedarme mirando sus ojos hasta el momento en que dejaran de parpadear, en que siguieran mirando pero ya sin ver, y escuchar hasta que se le quebrara la voz y hasta que el pecho le soltara un estertor de muerte que dijera: Mirad, mi desdichado espíritu está abandonando este desdichado cuerpo, y sonreír ante esa noticia y bailar por esa desgracia. Sí, la idea me llena de regocijo. Pero no, no lo maté yo.

Bi oju ri enu a pamo.

La boca no debe contar todo lo que ven los ojos.

Esta celda es más grande que la anterior. Huelo la sangre seca de hombres ejecutados; todavía oigo gritar a sus fantasmas. En tu pan hay gorgojos y tu agua contiene los meados de

una docena de guardias y de la cabra que se follan para divertirse. ¿Te cuento una historia?

No soy más que un hombre al que algunos han llamado lobo. El niño está muerto. Sé que la vieja te ha contado una historia distinta. El asesino es él, te ha dicho. A pesar de que lo único que me apena es no haberla matado a ella. El del pelo rojo dijo que el niño tenía la cabeza infestada de demonios. Si crees en los demonios. Yo creo en la mala sangre. Tú tienes pinta de no haber derramado sangre. Y, sin embargo, tienes sangre entre los dedos. Un chico al que circuncidaste, una niña demasiado pequeña para el tamaño de tu... Mira cómo te excita eso. Mírate.

Te voy a contar una historia.

Empieza con un leopardo.

Y una bruja.

Gran inquisidor.

Chamán.

No, no vas a llamar a los guardias.

Mi boca podría decir demasiado antes de que me la cerraran a garrotazos.

Mírate. Un hombre con doscientas vacas que se deleita con la piel de un niño y con el koo de una niña que no debería ser la esposa de ningún hombre. Porque eso es lo que buscas, ¿verdad? Algo pequeño y oscuro que no se puede encontrar en treinta bolsas de oro ni en doscientas vacas ni en doscientas mujeres. Algo que has perdido; no, algo que te quitaron. La luz, la ves y la quieres; no la luz del sol ni la del dios del trueno en el cielo nocturno, sino una luz sin mácula, la luz del niño que no conoce mujer, de la niña que compraste para casarte con ella, no porque necesitaras esposa, porque tienes doscientas vacas, sino para abrir a esa esposa en canal, porque lo que buscas lo buscas en agujeros, agujeros negros, agujeros mojados, agujeros diminutos, la misma luz que buscan los vampiros, y la vas a obtener, y lo vas a camuflar de ceremonia, de circuncisión

para el niño y consumación para la niña, y cuando ese niño y esa niña derramen su sangre y su saliva y su espermatozoide y sus meados, te lo dejarás todo sobre la piel, irás al árbol de iroko y usarás cualquier agujero que encuentres.

El niño está muerto y también lo está todo el mundo.

Caminé durante días, cruzando los enjambres de la Ciénaga de Sangre y pisando las rocas lacerantes de las llanuras salinas, de día y de noche. Caminé tan al sur que acabé en Omororo y ni me enteré ni me importó. Me arrestaron por mendigo, me tomaron por ladrón, me torturaron por traidor, y cuando llegó a vuestro reino la noticia de que el niño había muerto, me arrestasteis por asesino. ¿Sabíais que había cinco hombres en mi celda? Hace cuatro noches. El pañuelo que llevo al cuello pertenece al único hombre que se marchó por su propio pie. Es posible que algún día pueda volver a ver con el ojo derecho.

¿Los otros cuatro? Tomad nota de que lo he dicho.

Los viejos dicen que la noche es un loco. No te juzgará, pero lo que venga de ella tampoco avisará. El primero vino a por mi cama. Me desperté entre mis propios estertores de muerte y había un hombre aplastándome la garganta. Más bajo que un ogo pero más alto que un caballo. Olía como si acabara de sacrificar una cabra. Me agarró por el cuello y me alzó en vilo mientras los demás guardaban silencio. Intenté tirarle de los dedos pero tenía un demonio en la mano. Darle patadas en el pecho era como darle patadas a una roca. Me levantó como si estuviera admirando una joya de gran valor. Le propiné un rodillazo en el mentón tan fuerte que los dientes le cortaron un trozo de lengua. Me dejó caer y le embestí las pelotas como un toro. Se desplomó, le quité aquel cuchillo afilado como una navaja de afeitar y lo degollé. El segundo intentó agarrarme los brazos, pero yo tenía el cuerpo desnudo y resbaladizo. Le hundí el cuchillo —mi cuchillo— entre las costillas y oí que le reventaba el corazón. El tercer hombre se puso a danzar con los pies y los puños, como una mosca nocturna, silbando como

un mosquito. Cerré el puño y estiré dos dedos, como si fueran orejas de conejo. Se los clavé en el ojo izquierdo, adentro del todo, y se lo arranqué entero. Soltó un grito. Viendo cómo be-rreaba por el suelo y buscaba su ojo, me olvidé de los otros dos. El gordo que estaba detrás de mí intentó golpearme pero me agaché, él tropezó y se cayó, yo salté, agarré la roca que usaba de almohada y le aplasté la cabeza hasta que la cara le olió a carne cruda.

El último hombre era un chaval. Estaba llorando. Demasia-do agitado para suplicar por su vida. Le dije que fuera un hom-bre en la próxima vida, porque en ésta era menos que un gusa-no, y le arrojé el cuchillo al cuello. Su sangre llegó al suelo antes que sus rodillas. Dejé vivo al hombre medio ciego porque nece-sitamos historias para vivir, ¿verdad, chamán? O inquisidor. No sé cómo llamarte.

Pero éstos no son tus hombres. Bien. No tendrás que ento-nar un canto fúnebre para sus viudas.

Has venido en busca de una historia y yo tengo ganas de contar una, de forma que los dioses nos sonrían a ambos.

Había un mercader en la Ciudad Púrpura que decía que había perdido a su mujer. La mujer había desaparecido lleván-dose cinco anillos de oro, dos pares de pendientes, veintidós pulseras y diecinueve ajorcas de tobillo. Dicen que tienes buen olfato para encontrar cosas que quieren permanecer perdidas, me dijo. Yo tenía casi veinte años y llevaba mucho tiempo des-terrado de la casa de mi padre. El hombre me tomaba por algu-na clase de sabueso, pero yo le dije que sí, que se decía que tenía buen olfato. Me tiró la ropa interior de su mujer. Su olor era tan débil que estaba casi muerto. Quizá la mujer sabía que algún día irían hombres a cazarla, porque tenía tres chozas en sendas al-deas y nadie sabía exactamente en cuál vivía. En cada casa ha-bía una chica idéntica a ella y que incluso respondía a su nom-bre. La chica de la tercera casa me invitó a entrar y me señaló un taburete para que me sentara. Me preguntó si tenía sed y fue

a buscar una jarra de cerveza de masuku antes de que yo le dijera que sí. Déjame que te recuerde que mi vista es normal y corriente pero en cambio se dice que tengo buen olfato. Así pues, cuando me trajo la jarra de cerveza, yo ya había oído el veneno que ella había puesto dentro, un veneno de mujer llamado saliva de cobra, que pierde el sabor cuando lo mezclas con agua. Me dio la jarra y la cogí, y a ella le agarré la mano y le doblé el brazo detrás de la espalda. Le llevé la jarra a los labios y la obligué a beber entre dientes. Se puso a llorar y aparté la jarra.

Me llevó con su ama, que vivía en una choza junto al río. Mi marido me pegaba tan fuerte que se me cayó la criatura que llevaba dentro, me dijo el ama. Tengo cinco anillos de oro, dos pares de pendientes, veintidós pulseras y diecinueve ajorcas de tobillo y te lo puedo dar todo, junto con una noche en mi cama. Me quedé con cuatro ajorcas de tobillo y la llevé de vuelta a su marido, porque quería el dinero de él más que las joyas de ella. Luego le dije que mandara a la mujer de la tercera choza que le preparara cerveza de masuku a su marido.

La segunda historia.

Una noche mi padre volvió a casa oliendo a una mujer pescadora. Llevaba encima el olor de ella y la madera de un tablero de bawo. Y la sangre de un hombre que no era mi padre. Había jugado una partida contra un binga, un maestro de bawo, y había perdido. El binga le había exigido sus ganancias y mi padre había agarrado el tablero de bawo y se lo había estampado en la frente al maestro. Nos contó que había estado en una posada lejana para poder beber, hacer cosquillas a las mujeres y jugar al bawo. Mi padre había seguido golpeando al hombre hasta que había dejado de moverse y luego se había marchado del bar. Pero no apestaba a sudor, ni a polvo, ni le olía el aliento a cerveza, nada. No había estado en un bar sino en el fumadero de opio de un monje.

De forma que mi padre llegó a casa y me gritó que viniera

del granero en el que yo vivía, porque para entonces me tenía desterrado de la casa.

—Ven, hijo. Siéntate a jugar conmigo al bawo —me dijo.

El tablero estaba en el suelo y faltaban muchas bolas. Demasiadas para jugar una buena partida. Pero lo que mi padre quería era ganar, no jugar.

Seguro que conoces el bawo, chamán; si no, te lo tendré que explicar. El tablero tiene cuatro hileras de ocho agujeros y a cada jugador le corresponden dos hileras. Cada jugador tiene también treinta y dos semillas, pero nosotros teníamos menos, no me acuerdo de cuántas. Cada jugador pone seis semillas en el agujero del nyumba, pero mi padre puso ocho. Yo le habría dicho: Padre, ¿estás jugando al estilo del Sur, con ocho semillas en vez de seis? Pero mi padre nunca hablaba si te podía arrear un puñetazo, y me los había ganado por menos. Cada vez que yo colocaba una semilla, él me decía: Captura las mías. Pero estaba ansioso por beber y pidió vino de palma. Mi madre le trajo agua y él la agarró del pelo, le dio dos bofetadas y le dijo: Tu piel se habrá olvidado de estas marcas para cuando se ponga el sol. Mi madre no quiso darle el placer de sus lágrimas, de forma que se marchó y volvió con el vino. Lo olí por si tenía veneno, y en caso de tenerlo, no habría dicho nada, pero mientras él estaba ocupado pegando a mi madre por usar brujería para envejecer más despacio o bien para que él envejeciera más deprisa, perdió la partida. Sembré mis semillas, dos en un agujero del final del tablero, y capturé las suyas. A mi padre no le gustó.

—Has llevado la partida a la fase de mtaji —me dijo.

—No, estamos empezando —dije.

—¿Cómo te atreves a faltarme al respeto? Cuando me hables, llámame «padre» —ordenó.

No dije nada y lo bloqueé en el tablero.

No le quedaban semillas en la fila interior y no podía mover.

—Has hecho trampas —se quejó—. Tienes más de treinta y dos semillas en tu tablero.

—O estás borracho del vino —le dije— o no sabes contar. Has sembrado semillas y yo las he capturado. He sembrado semillas por toda mi fila y he construido un muro que no tienes semillas para romper.

Antes de que pudiera decir otra palabra me dio un puñetazo en la boca. Me caí del taburete y él blandió el tablero de bawo para pegarme igual que había pegado al binga. Pero mi padre estaba borracho y era lento, y yo había estado observando cómo los maestros de n'golo practicaban su arte marcial junto al río. Intentó golpearme con el tablero y las semillas salieron disparadas por los aires. Di tres volteretas hacia atrás como había visto que hacían ellos y me quedé agachado como un guepardo expectante. Mi padre me buscó con la mirada como si hubiera desaparecido.

—Sal, cobarde. Igual de cobarde que tu madre —dijo—. Por eso me da tanto placer humillarla. Primero te pegaré una paliza a ti y después a ella por criarte, luego os dejaré una marca para que los dos os acordéis de que ha criado a un niño para que se acueste con hombres.

La furia es una nube que me vacía la mente y me deja el corazón negro. Me puse a dar saltos y a levantar las piernas en el aire, a levantarlas más con cada salto.

—Ahora se pone a brincar como un animal.

Mi padre se me echó encima pero yo ya no era un niño. Me abalancé sobre él en la choza, me tiré al suelo con las manos por delante, convertí mis manos en pies y me di la vuelta, giré el cuerpo entero como si fuera una rueda con las piernas en el aire, lo giré hacia él, le atenacé el cuello con los pies y lo derribé con fuerza. Su cabeza se estampó contra el suelo tan estrepitosamente que hasta mi madre, que estaba fuera, oyó el crujido. Entró corriendo y chillando.

—Aléjate de él, criatura. Nos has hundido a los dos en la ruina.

Yo la miré y escupí. Después me marché.

Esta historia tiene dos finales. En el primero, yo le atenazaba el cuello a mi padre con las piernas y se lo rompía cuando lo derribaba. Él se moría allí mismo en el suelo y mi madre me daba cinco cauris y un poco de sorgo envuelto en hoja de palma y me hacía marcharme. Yo le decía que no quería marcharme con nada que hubiera sido de mi padre, ni siquiera ropa.

En el segundo final, yo no le rompía el cuello pero aun así él aterrizaba con la cabeza, que se le partía y le sangraba. Se despertaba imbécil. Mi madre me daba cinco cauris y un poco de sorgo envuelto en una hoja de platanero y me decía: Vete bien lejos, tus tíos son peores que él.

Mi nombre era una de las posesiones de mi padre, de forma que lo dejé en la cerca de su casa. Él siempre llevaba túnicas de buena calidad, sedas de tierras que no había visto nunca, sandalias de hombres que le debían dinero, cualquier cosa que le hiciera olvidar que venía de una tribu del valle del río. Me fui de casa de mi padre rechazando todo lo que me recordara a él. Las viejas costumbres me llamaron antes de que me marchara y quise quitarme hasta la última prenda. Quería oler a hombre, acre y apestoso, no al perfume de las mujeres de la ciudad y de los eunucos. Quería que la gente me mirara con el desprecio que se reserva a los moradores del pantano. Cuando entrara en la ciudad, o en la alcoba, lo haría de cabeza, como una bestia formidable. El león no necesita túnica, ni la cobra tampoco. Iría a Ku, de donde era mi padre, por mucho que no supiera el camino.

Me llamo Rastreador. Tenía nombre pero lo olvidé hace mucho.

La tercera historia.

La reina de un reino del Oeste me dijo que me pagaría bien si encontraba a su rey. Su corte la creía loca, porque el rey estaba muerto, se había ahogado cinco años atrás, pero a mí no me importaba encontrar a muertos. Cogí el adelanto de su paga y

me marché adonde vivían los que habían perdido la vida ahogándose.

Caminé hasta que encontré una vieja sentada con un bastón largo a la orilla de un río. Tenía el pelo blanco en los lados de la cabeza y estaba calva por arriba. Las arrugas de su cara eran como caminos del bosque y sus dientes amarillos significaban que le olía mal el aliento. Las historias decían que se levantaba todas las mañanas joven y hermosa, que florecía plenamente a mediodía, que envejecía hasta ser una vieja arrugada al anochecer y que moría a medianoche para renacer en la hora siguiente. Su joroba era más alta que su cabeza, pero el centelleo de sus ojos indicaba que tenía la mente lúcida. Los peces llegaban nadando hasta su bastón pero nunca más allá.

—¿Por qué has venido a este lugar? —me preguntó.

—Porque por aquí se va a Monono —le dije.

—¿Por qué has venido a este lugar si estás vivo?

—La vida es amor y no me queda amor. Todo el amor se ha escapado de mí y ha corrido hasta un río como éste.

—No es amor lo que has perdido, sino sangre. Te dejaré pasar. Pero cuando me acuesto con un hombre, vivo setenta lunas sin morir.

De forma que me follé a la vieja. Se tumbó boca arriba en la orilla, con los pies en el río. No era más que huesos y cuero, pero me puse duro para ella y saqué todo mi vigor. Entre mis piernas nadaba algo que parecían peces. Me tocó el pecho con la mano y mis rayas de arcilla blanca ondearon alrededor de mi corazón. Me la follé con fuerza, nervioso por su silencio. En la oscuridad sentí que la estaba rejuveneciendo, aunque en realidad estaba cada vez más vieja. Las llamas se propagaron dentro de mí, se me extendieron hasta las yemas de los dedos y hasta la punta de la polla hundida en ella. El aire se congregó en torno al agua y el agua en torno al aire y solté un grito y salí de la vieja y lloví sobre su vientre, sobre sus brazos y sus pechos. Un estremecimiento me recorrió cinco veces. Seguía siendo una

vieja, pero esto no me enfureció. Recogió mi lluvia de su pecho y la echó al río. Los peces dieron un salto y se volvieron a sumergir y a salir otra vez. Era una noche en que la oscuridad se comía la luna, pero los peces tenían una luz dentro. Los peces tenían cabeza, brazos y pechos de mujer.

—Síguelas —dijo ella.

Yo las seguí de día y de noche y nuevamente de día. A veces el río sólo me cubría hasta los tobillos. A veces me llegaba hasta el cuello. El agua me enjuagaba todo el blanco del cuerpo y sólo me lo dejaba en la cara. Las mujeres pez, los peces mujer me llevaron río abajo durante días y días y días hasta que llegamos a un sitio que no soy capaz de describir. Era o bien una muralla de río, que se erguía firme aunque yo podía traspasarla con la mano, o bien el río se había doblado hacia abajo y yo todavía podía caminar, tocando el suelo con los pies y con el cuerpo erguido sin caerme.

A veces para seguir avanzando hay que atravesar. De manera que atravesé. No me daba miedo.

No puedo decirte si dejé de respirar o si estaba respirando bajo el agua. Pero seguí andando. Los peces del río me rodeaban como si me estuvieran preguntando qué hacía allí. Seguí caminando y el agua que me rodeaba me ondulaba el cabello y me limpiaba los sobacos. Luego me encontré con algo que no he visto nunca en ninguno de los reinos. Un castillo en mitad de un prado despejado y cubierto de hierba, hecho de piedra y con dos, tres, cuatro, cinco y seis pisos de alto. En cada esquina, una torre rematada con una cúpula también de piedra. En cada planta, ventanas abiertas en la piedra, y debajo de las ventanas, un suelo de barandillas de oro llamado la terraza. Y del edificio salía una galería que lo conectaba con otro edificio y otra galería que conectaba el segundo con otro edificio, hasta sumar cuatro castillos unidos en forma de cuadrado.

Ninguno de los castillos era tan enorme como el primero, y el último estaba en ruinas. No sé decirte en qué momento el

agua desaparecía y dejaba paso a la piedra, la hierba y el cielo. Hasta donde me alcanzaba la vista se veían hileras rectas de árboles, jardines cuadrados y círculos de flores. Ni siquiera los dioses tenían un jardín así. Era pasado mediodía y el reino estaba vacío. Al anochecer, que vino pronto, las brisas cambiaron de dirección y los vientos me pasaron bruscamente al lado, como hombres gordos con prisas. Al anochecer, los hombres, las mujeres y las bestias aparecían y desaparecían de mi vista, surgiendo en las sombras, desvaneciéndose bajo los últimos rayos del sol, apareciendo de nuevo. Me senté en los escalones del castillo más grande y los miré mientras el sol huía de la oscuridad. Hombres caminando junto a mujeres, y niños que parecían hombres, y mujeres que parecían niñas, y niños amarillos con los ojos rojos y branquias en el cuello. Y criaturas con pelo de hierba, y caballos con seis patas, y manadas de abadas con patas de cebra, espalda de burro y cuernos de rinoceronte en la frente, corriendo con más niños.

Un niño amarillo se me acercó y me dijo:

—¿Cómo has llegado aquí?

—He venido por el río.

—¿Y la Itaki te ha dejado pasar?

—No sé quién es la Itaki, sólo he visto a una vieja que olía a musgo.

El niño amarillo se volvió rojo y los ojos se le pusieron blancos. Sus padres vinieron y se lo llevaron. Me levanté y subí los escalones hasta adentrarme cinco o seis metros en el castillo, donde había más hombres, mujeres, niños y bestias riendo, hablando, charlando y cotilleando. Al final del pasillo había una pared llena de murales de guerras y estatuas de guerreros en bronce, y en uno de los murales reconocí la batalla de las Tierras Medias, donde habían muerto cuatro mil hombres, y en otra la batalla del Príncipe Medio Ciego, que había llevado a su ejército entero a despeñarse por un acantilado que había confundido con una colina. Al pie de la pared había un

trono de bronce tan grande que hacía que el hombre que lo ocupaba pareciera un bebé.

—Ésa no es la mirada de un hombre que teme a Dios —me dijo.

Supe que era el rey, ¿quién más podía ser?

—He venido a llevarte de vuelta con los vivos —le dije.

—Incluso las Tierras de los Muertos han oído hablar de ti, Rastreador. Pero has desperdiciado tu tiempo y has arriesgado tu vida en balde. No veo razón alguna para regresar, ni para regresar yo ni para que regreses tú.

—Yo no tengo razón para nada. Simplemente encuentro lo que ha perdido la gente, y la reina te ha perdido a ti.

El rey se rio.

—Ahora estamos en Monono, tú eres la única alma viviente y sin embargo eres el hombre más muerto de esta corte —me dijo.

Inquisidor, me gustaría que la gente entendiera que yo no tenía tiempo para aquella discusión. Nunca peleo por nada y no hay nada por lo que quiera pelear, así que no me hagáis perder el tiempo empezando peleas. Si levantas el puño, te lo romperé. Si blandes la lengua, te la arrancaré de la boca.

No había guardias con el rey en la sala del trono, de manera que me acerqué a él y miré a la multitud que me estaba mirando a mí. El rey no estaba nervioso y tampoco tenía miedo, sólo una cara inexpresiva que decía: Éstas son las cosas que te han de pasar. Cuatro escalones llevaban a la tarima donde estaba su trono. A sus pies descansaban dos leones, que todavía no sé si eran de carne, de espíritu o de piedra. Tenía la cara redonda, con una sotabarba debajo del mentón, ojos grandes y negros, nariz chata con dos aros y la boca fina, como si tuviera sangre del Este. Llevaba una corona dorada sobre un pañuelo blanco que le escondía el pelo, una capa blanca con pájaros plateados y una pechera violeta sobre la capa, que también tenía adornos dorados. Podría haberlo levantado en vilo con el meñique.

Me dirigí hasta su trono. Los leones no se movieron. Toqué el brazo de latón del trono, tallado en forma de zarpa enhiesta de león, y un trueno retumbó encima de mí, poderoso y lento, emitiendo un sonido negro y dejando un olor a podrido en el aire. En el techo no había nada. Todavía estaba mirando cuando el rey me clavó una daga en la palma de la mano con tanta fuerza que se hundió en el brazo del trono y se quedó allí encajada.

Grité; él se rio y volvió a acomodarse en su asiento.

—Puede que pienses que el inframundo honra su promesa de ser la tierra libre de dolor y de sufrimiento, pero es una promesa que se hace a los muertos —me dijo.

Nadie más se rio con él, pero todos miraron.

El rey me miró con recelo y se acarició el mentón, mientras yo agarraba la daga y me la desclavaba y el tirón me hacía soltar un grito. El rey dio un respingo cuando lo agarré, pero lo que hice fue clavarle la daga en el faldón de la capa y arrancar un pedazo. Se rio mientras yo me vendaba la mano. Le di un puñetazo en toda la cara y sólo entonces murmuró la multitud. Oí que se me acercaban unos pasos letales y me di la vuelta. La multitud se detuvo. No, algo los había refrenado. No había nada en sus caras, ni rabia ni miedo. Y luego la multitud retrocedió de un salto, todos a una, mirando al rey, que acababa de ponerse de pie detrás de mí, con la zarpa ensangrentada del león en la mano. El rey lanzó la zarpa al aire, hasta el mismo techo, y la multitud soltó: Ooooh. La zarpa no volvió a caer. Algunos de los que estaban al fondo echaron a correr. Unos gritaron y otros vociferaron. Los hombres pisotearon a las mujeres y las mujeres pisotearon a los niños. El rey seguía riendo. Luego se oyó un crujido, seguido de un desgarrón, seguido de un ruido de algo partiéndose, como si los dioses del cielo estuvieran rasgando el techo por la mitad. Omoluzus, dijo alguien.

Omoluzus. Rondadores de los techos, demonios nocturnos de una era anterior a la nuestra.

—Han probado tu sangre, Rastreador. Los omoluzus nunca dejarán de perseguirte.

Le agarré la mano y se la rajé. Soltó un chillido como si fuera una moza de las tribus del río mientras el techo empezaba a moverse, haciendo un ruido como si estuviera resquebrajándose y partiéndose y susurrando, pero todavía inmóvil. Sostuve la mano del rey encima de la mía para recoger su sangre mientras él daba bofetadas y puñetazos como un niño, intentando apartarse. La primera silueta surgió del techo cuando tiré al aire la sangre del rey.

—Ahora nuestros destinos se han mezclado —le dije.

La sonrisa se le esfumó y se le abrió la boca y puso los ojos como platos. Lo arrastré escaleras abajo mientras el techo retumbaba y se agrietaba. Una serie de hombres de cuerpo negro, de caras negras, con negro en lugar de ojos, emergieron del techo como si estuvieran asomando de agujeros. Y cuando salieron del todo, se quedaron de pie en el techo igual que nosotros estamos de pie en el suelo. Los omoluzus sacaron unos cuchillos de luz, afilados como espadas y humeantes como el carbón en llamas. El rey echó a correr chillando y dejando atrás su espada.

Y atacaron. Corrí, y los oía brincar por el techo. Uno dio un salto pero no cayó al suelo, sino que volvió a aterrizar en el techo, como si fuera yo el que estaba al revés. Intenté correr hacia el patio pero dos de ellos me adelantaron. Bajaron de un salto y blandieron sus espadas. Paré las estocadas de ambos con mi lanza, pero la fuerza del golpe me derribó. Uno se me acercó haciendo malabarismos con la espada. Me aparté a la izquierda, esquivando su arma, y le hundí la lanza en el pecho. La lanza lo atravesó despacio, como si estuviera pinchando alquitrán. Él se apartó de un salto, con mi lanza clavada. Agarré la espada del rey. Entre dos me cogieron los tobillos desde atrás y se me llevaron en volandas hasta el techo, donde la negrura se arremolinaba como el mar de noche. Golpeé el negro con mi

espada, les corté las extremidades y aterricé en el suelo como un gato. Otro intentó agarrarme la mano, pero yo lo agarré y tiré de él hasta el suelo, donde se disipó como el humo. Otro se me acercó por el costado y lo esquivé, pero su espada me dio en la oreja y me la quemó. Me giré, golpeé su espada con la mía y brotaron chispas en la oscuridad. Se estremeció. Mis manos y pies se movían como los de un maestro ñgolo. Rodé y di volteretas, sobre las manos y los pies y las manos, hasta que encontré mi lanza, cerca de las cámaras exteriores. Había muchas antorchas encendidas. Corrí hasta la primera y empapé mi lanza con el aceite y las llamas. Tenía justo encima a dos omoluzus. Los oí preparar sus espadas para cortarme en dos. Pero di un salto con la lanza en llamas y los ensarté a ambos. Los dos se inflamaron y las llamas se propagaron al techo. Los omoluzus se dispersaron.

Crucé corriendo la cámara exterior, me alejé por el pasillo y salí por la puerta. Fuera la luna brillaba débilmente, como a través de un cristal empañado. El pequeño rey gordito ni siquiera corría ya.

—Los omoluzus aparecen donde hay techo. No pueden caminar a cielo abierto —me dijo.

—Cómo le va a encantar esta historia a tu mujer.

—¿Tú qué sabes del amor que nadie siente por nadie?

—Vámonos.

Lo arrastré conmigo, pero había otro pasadizo de unos cincuenta pasos de longitud. Después de dar cinco pasos, el techo empezó a desgarrarse. Diez pasos y los omoluzus estaban corriendo por el techo tan deprisa como nosotros por el suelo, y el pequeño rey gordito se estaba quedando rezagado. Quince pasos y me agaché para esquivar una espada que iba directa a mi cabeza y que derribó la corona del rey. Después de quince pasos perdí la cuenta. En mitad del pasadizo agarré una antorcha y la lancé hacia el techo. Uno de los omoluzus estalló en llamas y cayó, pero se deshizo en humo antes de llegar al suelo.

Echamos a correr de nuevo. La cancela, rematada con un arco de piedra que no era lo bastante ancho como para que aparecieran los omoluzus, todavía nos quedaba lejos. Pero mientras pasábamos corriendo por debajo, dos de ellos bajaron de un salto del techo y uno me hizo un corte en la espalda. En algún punto mientras corríamos hacia el río y cruzábamos la muralla de agua perdí tanto las heridas como el recuerdo de dónde estaban. Me las busqué, pero no tenía ni una marca en la piel.

Quédate con esto: el viaje de vuelta a su reino fue mucho más largo que el viaje a las Tierras de los Muertos. Pasaron días antes de que nos encontráramos con la Itaki en la orilla del río, pero ya no era una vieja, sólo una niña que jugaba a dar brincos en el agua y que se me quedó mirando con la picardía propia de una mujer que le cuadruplicara la edad. Cuando la reina recibió a su rey, se peleó con él y lo insultó y le dio tal paliza que supe que era una simple cuestión de días que volviera a buscar la muerte ahogándose.

Sé lo que acaba de pasarte por la cabeza. Y todas las historias son ciertas.

Tenemos encima un techo.